

L A L B O R A
 SEMANARIO
 DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sabado 29 de Mayo de 1873.

Núm. 33.

SUMARIO.

Despues de Dios Quiroz, Tradicion, por Ricardo Palma—A Cuba, soneto, por L. La Puente.—El Baile moderno, por I. A. G.—El Dolor y la Fé, poesia por A. de la E. Delgado—Los Nenes, por Rui Blas—A... por***-Rosario, por Carlos Luis—Otro aplauso poesia por C. L. Calero.—Contrastes Matrimoniales por Juan Gualberto Padilla.—A la llaga del costado de nuestro Salvador, poesia por Juan Manuel de Berriozabal.—Mosaico—Solucion—Charada.

DESPUES DE DIOS, QUIROS.

(TRADICION POTOSINA.)

I.

Donde se prueba, con la autoridad de la historia, que Roschild es pobre de solemnidad al lado de nuestro protagonista.

Por los años de 1640 llegó á la villa imperial de Potosí el maestre de campo don Antonio Lopez Quiros, castellano á las derechas, católico rancio, bravo, generoso y entendido. La fortuna tomó á capricho ampararlo en todas sus empresas; y minas como las de Cotamito, Amoladera y Candelaria, abandonadas por sus primitivos dueños como pobrísimas de metales, se declararon en *boya*, apenas pasaron á ser propiedad del maestre. En Oruro, Aullagas y Puno adquirió tambien

minas, que en riqueza y abundancia de metales podian competir con las de Potosí.

Tres mil *llamas*, al cuidado de un centenar de indios, tenia constantemente ocupadas en trasportar desde Arica hasta Potosí los azogues de Almaden y Huancavelica. No osando nadie hacerle competencia, puede decirse que, sin necesidad de real privilegio, nuestro castellano tenia monopolizado artículo tan precioso para el beneficio de los metales.

En sus minas, haciendas é ingenios empleaba sesenta mayordomos ó administradores, con sueldo de cien pesos á la semana, y daba ocupacion y buen salario á poco mas de cuatro mil indios.

Para dar una idea de la (que si uniformemente no lo testificaran muchos historiadores, tendríamos por fabulosa) fortuna de Quiros nos bastará referir que, en 1668, á poco de llegado á Lima el virey conde de Lemus, propúsose nuestro minero hacerle una visita y salió de Potosí trayendo valiosísimos obsequios para su excelencia.

El conde de Lemus, á pesar de su beatitud y de ayudar la misa y tocar el órgano en la iglesia de los Desamparados, era gran amigo del fausto y se trataba á cuerpo de rey. Pensaba mucho en el esplendor de las procesiones y fiestas religiosas y en la salvacion de su alma; pero esto no embarazaba para que se ocupase tambien de las comodidades y regalo del cuerpo.

Conversando un dia con Quiros el mayordomo del virey, dijo éste que su señor era todo lo que hay que ser de ostentoso y manirotto. —Supóngase vuesa merced—decia el fámulo—si el señor conde será rumboso, cuando

me dá quinientos pesos semanales para los gastos caseros.

—¡Gran puñado de moscas!—exclamó el maestre—quinientos pesos gasto yo, á la semana, en velas de sebo para mis ingenios y haciendas.

Y no hay que creerlo chilindrina, lectores míos, Así era la verdad.

Para poner punto al relato de las riquezas de Quiros, transcribiremos estas líneas escritas por un su contemporáneo:—“Gastó en la infructuosa conquista del Gran Paititi mas de dos millones de plata; y á este modo tuvo otros desagües con su gran riqueza, la cual era en tanta suma que ignoraba el número de millones que tenia. Desocupando, en cierta ocasion, un cuarto, hallaron los criados en un rincon una partida de dos mil marcos en piñas, que no supo cuando las habian puesto allí. Los quintos que dió á Su Majestad pasaron de quince millones, que es cosa que espanta, y esto se sabe por los Libros Reales, por donde se puede considerar qué suma de millones tendria de causal.”

Francamente, lectores ¿no se les hace á ustedes la boca agua?

II.

Que trata de un milagro que le colgaron al Apóstol Santiago, patron de Potosí.

Residia en la imperial villa un honradísimo mestizo, cuya fortuna toda consistia en veinte mulas con las que se ocupaba en trasportar metales y mercaderias. Como se sabe, en el frigidísimo Potosí escasea el pasto para las bestias, y nuestro hombre acostumbraba en-

viar por la tarde sus veinte mulas á *Cantumarca*, pueblecito próximo, donde la tierra produce un gramalote que sirve de alimento á los rumiantes.

Una mañana levantóse el arriero con el alba y fué á *Cantumarca* en busca de sus animales; pero no encontró ni huellas. Echóse á tomar lenguas y sacó en limpio la desconsoladora certidumbre de que su hacienda había pasada á otro dueño.

Afligidísimo regresó el arruinado arriero á Potosí y, pasando por la iglesia de San Lorenzo, sintió en su espíritu la necesidad de buscar consuelo en la oración. Tan cierto es que los hombres, aun los mas descreídos, nos acordamos de Dios y elevamos á él preces fervorosas cuando una desventura, grande ó pequeña, nos hace probar su acíbar.

El mestizo, despues de rezar y pedir al Apóstol Santiago que hiciese en su obsequio un milagrito de esos que el Santo, á quien tantos atribuían, hacia entónces por debajo de la pierna, levantóse y se dispuso á salir del templo. Al pasar junto al cepillo de las ánimas metió mano al bolsillo y sacó un peso *macuquino*, único caudal que le quedaba; pero al ir á depositar su ofrenda ocurrióle mas piadoso pensamiento.

—No! Mejor será que mi última blanca se la dé de limosna al primer pobre que encuentre en las gradas de San Lorenzo. Perdónen las ánimas benditas, que sus mercedes no necesitan pan.

Las gradas de San Lorenzo en Potosí como las gradas de la Catedral de Lima, desde Pizarro hasta el pasado siglo, eran el sitio á donde de preferencia afluían los mendigos, los galanes y demas gente desocupada. Las gradas eran el *mentidero* público y la sastrería donde se cortaban sayos, se zurcian voluntades y se deshilaban honras.

Aquella mañana el sol tenía pereza para dorar los tejados de la villa, y entre si salgo ó no salgo andábase remolon y rebujado entre nubes. Las gradas de San Lorenzo estaban desiertas y solo se paseaba en ellas un viejecito enclenque, envuelto en una capa, vieja como él pero sin manchas ni remiendos, y cubierta la cabeza con el tradicional sombrero de vicuña.

Nuestro arriero pensó—; Cuánta será la gazuza de ese pobre cuando, con el frio que hace, ha madrugado en busca de una alma caritativa!

Y acercándose al viejecito le puso en la mano el macuquino, diciéndole:

—Tome, hermano, y remédiese; y en sus oraciones pídale al santo patron que me haga un milagro.

—Dios se lo pague, hermano,—contestó sonriéndose el mendigo—y cuente que si el milagro es hacedero se lo hará Santiago y con creces, en premio de su caridad y de su fé.

—Dios lo oiga, hermano—murmuró el arriero, y atravesando la plaza siguió calle adelante.

Tres dias pasaron, y notorio era ya en Potosí que unos pícaros ladrones habían dejado mano sobre mano á un infeliz arriero. En cuanto á éste, cansado de pesquizas y de entenderse con el correjidor y el alcalde y los alguaciles, comenzaba á desesperar de que Santiago se tomase la molestia de hacer por él un milagro, cuando en la mañana del cuar-

to dia se le acercó un mestizo y le dijo:

—Véngase conmigo, compadre, que su merced don Antonio Lopez Quiros lo necesita.

El arriero no conocía al maestro de campo mas que por la fama de su caudal y por sus buenas acciones y larguezas; así es que, sorprendido del llamamiento, dijo:

—;Y qué querrá conmigo ese señor? Si es asunto de trasportar metales excusado es que lo vea.

—Véngase conmigo, compadre, y déjese de imaginaciones, que lo que fuere ya se lo dirá don Antonio.

Llegado el arriero á casa de Quiros encontró en la sala al mendigo de las gradas de San Lorenzo, quien le tomó afectuosamente la mano y le dijo:

—Hermano, tanto he pedido á Santiago Apóstol, que ha hecho el milagro y con usura. Vuélvase á su casa y encontrará en el corral no veinte sino cuarenta mulas del Tucuman. ¡Ea! A trabajar... y constancia, que Dios ayuda á los buenos.

Y esquivándose á las manifestaciones de gratitud del arriero, dió un portazo y se cerró en su cuarto.

Aquel viejecito era Quiros.

Vestia habitualmente en Potosí, dice un cronista, calzon y zamarra de bayeta, toscos zapatos y capa, no diferenciándose su traje del de los pobres y trabajadores.

III.

¡Dios te la depare buena!

Asegura Bartolomé Martinez Vela en sus *Anales*, que el maestro de campo Lopez Quiros pretendió merecer de su majestad el título de conde de Incahuasi y que su pretension fué cortesmente desechada por el rey. Parece que si, entre ceja y ceja, se le hubiera metido al archimillonario obtenerno digo un simple pergamino de conde sino un bajalato de tres colas, de fiyo que se habria salido con el empeño. ¡Bonito era Carlos II para hacer ascos á la plata! Bajo su reinado se vendieron en América, por veinte mil dures, mas de sesenta títulos de condes y marqueses. Precisamente en solo el Perú creó los condados de Monterrico, Valleumbroso, Zelada de la Fuente, Otero y Villablanca; y los marquesados de Villafuerte, Castillejo, Colpa, Concha, Vega del Ren, Cartavio, Montemar, Serrabella, Lurigancho, Villahermosa, Moscoso y Sotoflorido. Quede, pues, sentado, que si nuestro minero no llegó á calzarse un título de Castilla fué porque no le dió su regalada gana de pensar en candidices.

Refiérense de Quiros excentricidades que hacen el mas cumplido elogio de su carácter y persona. Apuntaremos algunas.

Cuando le denunciaban robos de gruesas sumas que le hacian sus mayordomos, don Antonio se conformaba con destituir al ladrón y daba su plaza al denunciante, diciéndose—Veamos si este ha obrado por envidia ó por lealtad.

En una ocasion le avisaron que uno de sus administradores habia ocultado piñas de plata por valor de seis mil pesos. Reconvenido por Quiros, contestó el infiel dependiente que habia robado por dar dote á una hija casadera.

—La franqueza y el propósito te salvan—le dijo el patron.—Llévate los seis mil y que tu hija se conforme con esa dote, que no todas

las muchachas bonitas nacen hijas de emperadores ó de Antonio Lopez Quiros.

Y en verdad que las dos hijas de nuestro personaje, al casar con dos caballeros del hábito de Santiago, llevaron una dote que abriría el apetito al mismo autócrata de todas las Rusias.

En su manera de practicar la caridad hay tambien mucho de original.

Durante los dias de semana santa, acostumbraba Quiros sentarse por dos horas en el salon de su casa, rodeado de sacos de plata y teniendo en la mano una copa de metal, la cual metía en uno de los sacos; y la cantidad que en ella cupiera la daba de limosna á los pobres vergonzantes que se le acercaban en esos dias. Aquella casa era el jubileo.

Con personas de otro carácter, que iban donde él á solicitar un donativo, empleaba un curioso expediente. En un cuarto tenia multitud de cajones clavados en la pared. Las dimensiones de ellos eran iguales, y en cada uno podían encerrarse holgadamente cinco talegos de á mil. Quiros ponía en algunos toda esta suma, y en los demas la iba proporcionalmente disminuyendo hasta llegar á un peso. Todos los cajones estaban numerados, y cuando don Antonio tenia que habérselas con uno de los llamados hoy pobres de levita, y que entónces se llamarían pobres de capa larga, conducíalo al cuarto diciéndole:

—Escoja vuesa merced un número y... ¡que Dios se la depare buena!

¿No les parece á ustedes que esto era jugar á la lotería?

IV.

Donde concluimos copiando un párrafo de un historiador.

“Fué este caballero muy humilde; su conversacion muy decente; extrema su religiosidad y devocion; su conciencia muy ajustada. Lo que encargaba mas á sus administradores era que á los indios les satisficieran con puntualidad su trabajo y que en ninguna forma especulasen con ellos; porque de no tratarlos bien y medrar avariciosamente con su sudor, podria Dios castigarle quitándole lo que con tanta profusion le habia dado. Finalmente, llegó á tener tanta edad (ciento cinco años) que era necesario sustentarlo con la leche de los pechos de las mujeres, dándole de mamar. Pasó de esta vida al descanso de la eterna por el mes de Abril del año 1699. Fué muy llorado de los pobres que, atentos á su ejemplar caridad y virtudes, decían—DESPUES DE DIOS, QUIROS—estribillo que nunca morirá en Potosí, porque mejor que en láminas y bronce está grabado en los corazones.”

RICARDO PALMA

Lima, Mayo 25 de 1875.

A CUBA.

SONETO.

¡Valiente Cuba, Antilla desvalida,
Pueblo heróico, inmortal, pueblo guerrero!
Cinco años há que el plomo y el acero
Arrebata tus hijos á la vida.

Cinco años há, que esclava y oprimida
Sostienes á la fáz del mundo entero,

Una lid desigual, con valor fiero,
Por esa libertad, bella y querida!

Pero mas fuerte el español te hiere,
Con saña infame y con furor menguado,
Llevando su impiedad... de monte en monte.

Mas no desmayes, no, que el cielo quiere
Sea feliz y libre el suelo amado
De Céspedes, Zenea... y Agramonte...

L. LA PUENTE.

Lima Mayo 13 de 1875.

EL BAILE MODERNO.

MUSA traviesa y juguetona, númen de los pies, deidad saltarina. Terpsícore ¿creerás que como otros mil pediguñeros escritores voy á pedirte inspiracion, un rayo de luz, ó cosa parecida? nada de eso; pido lo que autor alguno te pidió jamas desde tantos siglos como hace que vives y reinas sobre los pies humanos, pido tu perdon. Tu perdon, si, porque voy á atacar tus derechos, á vituperar los actos de tu gobierno, ó como si dijéramos, hacerle la oposicion.

¡Loco intento! Atacar el baile, ese pedestal de nuestra sociedad, ese noble arte pedestre, eso que podemos llamar los latidos del cuerpo! Ridiculez, locura, desatino, grita ya por aqui una caterva de mozos bailarines; ¡qué estúpido, qué audaz, qué menguado autor! dice una irritada multitud de hermosas jóvenes que estan diciendo "bailadme." Fuera! prorrumpen los padres; abajo, ¡añaden las madres; dejadle! murmuran los maridos, y á tales exclamaciones sigue una série de risas burlonas, gestos desdeñosos, amenazas insolentes y otras semejantes demostraciones de desaprobacion, como taparse los oidos, cerrar los ojos, volver la espalda, concluyendo por una silba general al atrevido que imagina, por un instante, atacar el baile: que va contra la corriente, combatiendo la mas sólida, aunque al parecer mas movable institucion de los tiempos que corremos.

Aguantemos la lluvia de improprios, no importa.

¿No ha de haber un espíritu valiente! Nunca se ha de sentir lo que se dice? ¿Nunca se ha de decir lo que siente?

Nuevo Temistocles, gritaré: pegad, pero escuchad; silbad, pero leed, y recibiré sereno el golpe de la opinion enfurecida.

¿Qué encuentras de malo, de peligroso, de nocivo en el baile, satirico declamador? Qué, ¿no se ha de bailar porque se te antoje? En horabuena, bailad. Bailar es un acto natural. Cuando estamos alegres, el corazon nos baila en el pecho, y hasta la sangre parece que circula con doble fuerza bailando un galop al compas de la emocion. El hombre ha nacido para llorar de dolor ó bailar de alegria: ¿de qué manera mas elocuente expresa su pena ó su contento que con una lágrima ó con un salto?

Si quisieramos citariamos al santo rey David bailando delante del arca. Los griegos y romanos tuvieron sus danzas guerreras; los pueblos salvajes tienen las suyas; por cualquier parte del globo que caminemos encontraremos el baile; por cualquier página que abramos la historia tropezaremos con el baile.

Bailan los dioses del Olimpo, bailan los re-

yes, bailan los conquistadores, los magistrados, los nobles, los plebeyos. Todos, todos mueven los pies alguna vez al compás de la música, lo cual muestra bien á las claras, que el bailar es una cosa tan natural como comer y beber; que el instinto del baile es innato en el hombre; que los pies pueden representar mas sentimientos de lo que parece, y si de poetas y locos todos tenemos un poco, de bailarines tenemos mas.

Probada la legitimidad, antigüedad y bondad del baile, ¿por qué atacarle y tratar de derribar sus altares? ¡Ah, lectores míos! Porque esta vaporosa ciencia, este aéreo arte hoy es la bandera bajo la cual se alista una legión de pseudo-bailarines; un idolo á cuyo culto se ha despojado de su antigua pureza; una escuela de corrupcion en plena sociedad, autorizada por esa misma sociedad: porque con su deslumbrante y al parecer inofensiva ostentacion, es el encubridor de graves abusos, la careta con que se ha convenido en disfrazar flaquezas y miserias, un pasaporte que da paso á mil cosas que no debieran pasar jamas.

Decidme, candorosos padres, ¿si un atolondrado pollo ó un intencionado gallo, de buenas á primeras se tomase la franqueza de agarrar á vuestra hija por la cintura, estrecharla contra su seno?... ¡Oh escándalo!... Si tal hiciese, si á tanto se atreviese, por lo menos le plantabais de patitas en la calle. Hariais muy bien.

Vosotros, celosos Othelos, maridos que con el matrimonio quereis reducir un quebrado á entero, haciendo de dos medios una unidad, del hombre y la mujer dos seres tan inseparables que formen un solo ente "andrógino," ó sea macho y hembra, centinelas de vuestras mujeres, ávaros de vuestro tesoro, si viérais un prójimo estrechar la mano que estrécharseis ante el altar, oprimir el talle que solo debeis oprimir vosotros, ¿qué hariais? ¡enfurecidos, pedir vuestro honor, lavar la mancha con sangre, el oprobio con lágrimas! Obrariais cuerdateamente como buenos caballeros.

Vosotros, hombres "pundonorosos," que á veces haceis los "osos" por el "pundonor;" que por un "quitame alla esas pajas" quereis un "quitame alla ese hombre;" si viérais que á vuestra hermana, prima ó parienta las cogia un cualquiera y ponía sus manos muy lavadas, ó sin lavar, sobre su cuerpo virginal ¿qué hariais? ¡Ah, lo que hariais! Castigar al insolente, nombrar padrinos, elegir campo, arma y otras frioleras por el estilo. Cumpliriais con lo que dicta el honor.

Y vosotros, despóticos maridos, contemplais vuestra costilla en brazos ajenos, veis como la echan flores al oido, ¿quién sabe si aquellas flores son frutos!... como aprietan sus manos, como abrazan su hermoso talle y... cómo baila mi mujer! será quizás vuestro único acento, de cólera; un apretón de manos pagará tal vez el trabajo del amable compañero de baile.

Y vosotros, don Juanes, aquella que veis tan unida á aquel, confundiendo ambos hasta sus alientos fatigados con el movimiento es vuestra hermana. ¿Qué bien baila! ¿No es verdad? ¿Con qué lijereza!

Todo veis impávidos, ¿por qué? Porque están bailando. Es decir, que el baile es hoy una institucion hecha "ad hoc" para autorizar tales abusos. ¡Si esos suspiros, flores, apretones de manos y pies; si aquellas ardientes manifestaciones se hiciesen andando! Pero bailando es uno dueño de mirar y escuchar, de decir y hacer cuanto le venga mejor.

Ya se ve, en estos tiempos en que tanto se inventa, los hombres han inventado una máquina para hacer pacientes á los maridos, confiados á los padres, prudentes á los hermanos; una máquina para hacer que los hombres y las mujeres se entiendan, sin que se ofenda y enfade esa vieja gruñona llamada moralidad; una máquina para encubrir flaquezas y tejer enredos, para convertir el mundo en una balsa de aceite, para establecer la igualdad entre los hombres y entre los sexos, la comunidad de personas, y para introducir una paz octaviana entre los mortales. Esta máquina se llama "baile." Bienaventurado su inventor.

No se puede negar que es un bien el baile. Supon, amigo lector, que en una reunion, un caballero distraido pone su mano sobre el hombro, por ejemplo, de una señorita. La gente cuchichea, murmura, mira con asombro tal atentado contra el decoro. ¡Ay, lo ha visto el padre ó el hermano; buena se vá á armar; ¡Ya llega.—Caba... caballero, va á decir; pero brota súbito del piano una polka salvadora; todos se levantan, se agarran, se mueven; mi pareja estrecha las distancias y se pone á bailar. El ofendido calma su ira. Un momento antes aquello era la mas horrible ofensa; ahora la cosa mas natural del mundo. Todo pasó, la mar se serenó, el viento cesó; la música aplacó la tormenta; el baile hizo su oficio, de mediador; el piano pudo mas que la lira de Orfeo, y el que tocó el piano... ¡ah! el que toca el piano mientras bailan los demas... Con qué pagar la felicidad que derrama de sus dedos, las cosas que autoriza con sus notas, las cosas que encubre con sus compases; los rumores que apaga con sus raudales de armonía? ¿Qué calificacion darle? ¿Qué nombre ponerle? En verdad que no se me ocurre; pero quizás el discreto lector recordará alguna expresiva voz del diccionario que le venga como de molde! ¡Oh! el que toca el piano en una reunion, es merecedor de una corona y de la pública gratitud por sus buenos oficios, su papel es el mas brillante de todos, el de tabla de salvacion, iris de paz, ángel tutelar de los amores.

—J. A. G.

EL DOLOR Y LA FÉ.

A LA SRA. MANUELA V. DE PLASENCIA, EN
LA AGONÍA DE SU HIJA.

Qué horror!... la parca que alevosa un dia
Al lecho de mis hijas penetró,
Es la misma que hoy viene á arrebatarme
A la inocente hija de su amor;
Y llega entre las sombras de la noche
La guadaña ocultando y el arpon,
Porque vá á descargar el duro golpe
Que en una vida acabará con dos...
¡Pobre madre! valiera mas que á ella
Le arrancára del pecho el corazon!

La palidez mortal el rostro baña
Del bello arcángel que nos dice adios,
Y la dulce sonrisa de sus lábios
Por la angustia se trueca del dolor;
Brillan sus ojos cual la luz incierta
Con que en ocaso reverbera el sol;
Suspira, junta al paladar la lengua
Y... ya no late mas su corazon!...
¡Ay! la que un cielo de alegrías era,
Triste, temblando de pavor murió!

Madre infeliz! el llanto en que te inundas
De poco servirá á tu corazon,

Pues que ni un mar de lágrimas bastará
Para ahogar en sus ondas tu dolor!
Yo lo sé como tú, porque la muerte
Mis adoradas hijas se llevó,
Y nada en esta vida miserable
Mitigar ha podido mi aflicción!
¿Sabes quién calma ese pesar inmenso?
¡La fé, tan solo, y la esperanza en Dios!

A. DE LA E. DELGADO.

Lima, Mayo de 1875.

LOS NENES.

ESTAMOS en uno de esos días en que no sabemos sobre qué escribir. ¡Tenemos tantas cosas en la cabeza! (Eso de tener cosas en la cabeza es un modo de hablar como otro cualquiera.) Tenemos tantas cosas en la cabeza, está nuestra atención tan dividida, que no podemos fijarla en nada; é ignorando cómo hemos de comenzar este artículo, no sabemos cómo lo continuaremos, y no se nos alcanza como vamos á concluirlo.

¿De qué hablaremos?

¿Nos meteremos en la política?

Protestamos... no, no protestamos; que eso de protestar es caer en un ridículo en que no se nos antoja dar, siquiera sea por respeto á nuestro amor propio, ya no por caridad al prójimo. No protestamos, pues; pura y simplemente no nos metemos con la señora política.

Pues si no de política ¿de qué diantres hablaremos en este artículo? No sabemos de qué. Nos hallamos á oscuras, perfectamente á oscuras. Nuestra imaginación vaga de una idea á otra sin saber á cual conceder la preferencia, pareciéndose en esa indecisión á un amigo nuestro, que tiene media docena de chiquillos, y una fracción de chiquillo, queriéndolos á todos como es natural en un padre bien nacido, y quien, como nosotros en estos instantes con nuestros pensamientos, no se decide á preferir á ninguno de sus retoños.

A propósito de retoños y de chiquillos. Hace algunos días encontramos á nuestro amigo por una de las calles de Plateros; y como hacia tiempo que no nos veíamos, echóme los brazos al cuello, é invitóme á pasar el día en su compañía. Neguéme, alegando disculpas mas ó menos admisibles, que ocultaban la verdadera causa de mi resistencia, que era la de que tenía yo en aquel momento un humorcillo, así, de todos los demonios, y no estaba la Magdalena para tafetanes. Pero mi amigo insistió

—Sí, vas á comer conmigo.

—Pero, hombre, si no me es posible. tengo un quehacer, si...

—Nada, nada; te tomo hoy por entero, como si fueras palco de teatro, embargo tu persona como si fueras contrabando. Vas á comer conmigo.

—Pero si te repito que...

—Y yo insisto en decirte que nada es mucho.

—Pero, hombre, si no tengo el honor de conocer á tu señora.

—Te presentaré á ella; tendrá mucho gus-

to. Conque vamos á tomar una copa donde Ballen y de ahí á casa.

No hubo remedio. Tuve que ser el convidado por fuerza. Echamos á andar, tomamos que sé yo que menjunje, qué bálsamo de Fierabrás que á petición de mi amigo nos sirvió el amable cantinero, y salimos tomando la dirección de la casa de mi amigo.

Antes de continuar la narración de los sucesos que me sucedieron aquel día, es preciso que en pocas plumadas, haga yo el retrato de mi compañero anfitrión. Prometo que al delinearlo, no pecaré de exagerado.

Figuraos un ciudadano que ya frisa en los cincuenta. Hombre á quien la fortuna ha sonreído, no tanto por los dineros que le ha dado sino por lo bien que la ha pasado en esta vida. Feliz, verdaderamente feliz, puesto que siempre ha logrado ver realizadas sus ambiciones, que por cierto no son muy grandes que digamos. A esa medianía de miras respecto de lujo y de comodidades, añadid medianía de inteligencia. Ideas exageradas respecto de la libertad individual, porque la confunde con el libertinaje. El que cada uno haga lo que quiera, es para él un dogma.

No cree que la educación modifica las inclinaciones, sino que de éstas, como los antiguos de la fatalidad, no hay quien pueda librarse. Se ha figurado que el hombre es solo lo que quiere y que de él no se puede hacer nada; y estas opiniones las sostiene contra todo viento y marea, sin que haya ejemplos ni reflexiones posibles, que le apeen de su macho. ¿Será eso convencimiento ú obsecación? ¿Será tontería? A juzgar por lo bien que á nuestro amigo le ha ido en este mundo, nos vemos tentados á creer que es tonto, porque no hay tonto que no se pase una vida de fraile. Perdon. Hemos evocado á los difuntos. Paz á los muertos! Y seguimos: las ideas que tuvo nuestro amigo mientras fué joven, mientras fué adulto, las tiene cuando hombre, y las tendrá como viejo.

Una vez delineada la personalidad moral de nuestro amigo, continuemos la relación de cómo llegamos á su casa, cómo nos recibió la señora, como comimos en familia, como pasamos la tarde y como salimos de aquella casa, con lo demás que sabrá quien sea bastante curioso para leer este artículo.

Comencemos por el principio.

Llegamos á la casa de nuestro amigo, á pié y andando, cosa que sucede á todo el que no va en carruaje, á caballo, ó en otro cualquier mueble de locomoción. Nuestro amigo nos introdujo á la sala, y pidiéndonos perdón nos dejó en la soledad, mientras él iba á avisar á la señora. Lo primero que nos llamó la atención al entrar en la casa fué un ruido que no podía sufrirse por mucho tiempo, ruido compuesto de gritos, y de patadas y de lloriqueos y de palos, producto de los angelitos de nuestro invitador. Lo segundo que picó nuestra curiosidad fué el aspecto de la sala en que nos quedamos. Allí nada estaba en su lugar. Los guarda polvos de los muebles, unos en el suelo, otros arrugados, otros empezados á destejer. Los asientos de las sillas y del sofá, con señales

evidentes de que los pequeños piés de los retoños habían andado sobre ellos. Algunas manchas indicaban algo mas que las pisadas. Los juguetes de porcelana que adornaban la consola y la mesa de tortuga despostillados, rotos. La alfombra con marcas de las proezas de los arcángeles que habitaban la casa. Un espejo y algunos vidrios de los balcones estrellados.

Esta revista que pasamos con el detenimiento que nos proporcionó el cuarto de hora que nos dejaron solos, trajo á nuestra mente reflexiones que no necesitamos decir, y que nos dieron á conocer que nuestro amigo, con todo su medio siglo y sus seis pipolos no había cambiado de carácter, y que seguía siempre su máxima de: — *Libertad; que cada uno haga lo que quiera.*

Hallábamonos metidos en esas reflexiones, cuando oímos venir la tempestad. Eran los seis chiquitos capitaneados por nuestro amigo y por su esposa. Cuando entraron en la sala, nos pusimos de pié, y fuimos solemnemente presentados á la señora, y... á los niños.

La señora es aun hermosa, y tendrá unos treinta años. Fisonomía simpática, cuerpo elegante, pero revelando á primera vista un no sé qué de... creemos que con esa indicación se comprenderá lo que queremos decir. En cuanto á los chicos el mayor tiene nueve años y tres el menor. Dos súcubos y cuatro incubos. Nuestro amigo, y entendemos que también su señora, los han educado bajo la consabida maximita, de manera que haciendo uso de sus inalienables derechos, cayeron sobre nos como sobre tierra conquistada; y mientras uno se subía en el sofá para tirarnos del bigote con sus manecitas no muy aseadas que se crea, otro se nos trepaba á las rodillas, otro examinaba los botones de nuestra levita, otro se encaramaba sobre una silla para coger el sombrero que habíamos dejado en la consola, otro tomaba nuestra mano para hacer en ella el *pin, pin*, otro... aquello era un suplicio! No respirábamos, sudábamos la gota gorda; y sonriendo á las malcrianzas que hacían y que decían estos diablos, para nuestros adentros renegábamos del día y hora en que habíamos vuelto á ver á nuestro amigo, quien, así como su señora, reían de las *gracias* de sus hijos. Válganos Dios, y qué estultos, y qué estúpidos, y qué bárbaros! Y aquella rueda de Ixion duró tres horas, tres horas que nos parecieron siglos, porque á semejante tormenta se añadía la hambre que nos devoraba! Y tenga usted hambre, y en vez de sopa coma... groserias de muchachos mal educados!

Por fin, á las cinco de la tarde una fámula, que me pareció mensajera del Paraíso, se presentó á anunciar que la comida estaba en la mesa.

Vimos el cielo abierto.

Fuimos al comedor. Nuestro amigo tomó la cabecera de la mesa, y nos sentó á su izquierda, á su derecha á la señora, y á nuestra izquierda ¡oh infamia! á tres chiquillos, quedando junto á nosotros el que nos había estado tirando los bigotes.

Comenzamos á comer, y... ¿comenzamos? No; antes de comenzar, aquellos nenes empezaron á dar muestras de la fina educación que recibían. Todos en coro co-

menzaron á decir, no, á gritar:

- Yo quiero sopa!
- Yo no quiero sopa!
- Yo quiero asado!
- Yo quiero mantequilla!
- Yo quiero vino!
- Yo quiero agua!

Y todo esto á chillidos, de suerte que aquello era un verdadero coro infernal, digno de la música de Meyerber!

El papá sirvió la sopa. Y el niño que estaba á nuestra izquierda, que era quien no la quería, enojóse, y tomando un pedazo de pan, lo lanzó cólico dentro del plato, bañándose, y lo que es mas triste, bañándonos con el líquido, y dejándonos ciegos, porque empapó nuestros espejuelos! No paró en esto. Soltóse llorando como un desesperado, ó mejor, como un muchacho consentido; las lágrimas le saltan de los ojos, otra cosa por las narices, y esta y aquellas se las limpiaba con la manga del vestido.

Y los papás impasibles:

Después de un rato largo, apaciguóse aquel alma mia, cuando le sirvieron el asado que era lo que se le antojaba; y lanzándose á comerlo, con el cuchillo y con el tenedor que Dios nos ha dado, ensuciándose hasta los puños, introduciéndose los huesos del pollo en la boca, sonando esta como una castañuela al comer, y tornando á limpiarse con el puño de la manga.

Y los papás, impasibles.

Aquello hacia estremecer de ira, de rabia.

Continuó la comida, y continuaron las malas crianzas. Ya un chico mete toda la mano en la ensalada para cojer un rabanito; ya una chica coje con los dedos un trozo de carne de un guisado; ya un chico dice:

—Yo quiero de esto,

introduciendo un dedo en la torta de arroz; ya una chica se sube en la mesa para alcanzar un bigote.

Y los papás, impasibles.

Excusamos decir que las servilletas, que el mantel, que todo, estaba inservible; y por fin y postre, después de derramar el agua, y el vino, y los caldos; de ensuciarse hasta los codos y hasta los ojos aquellos niños, el que estaba á nuestro lado, puso punto final á sus comedimientos, sirviéndose dulce con la misma cuchara con que acababa de comer frejoles!

Y los papás impasibles.

Cuanda mas y mucho á cada horror que hacian los angelitos, exclamaban:

—Ah! qué niño!

Al cabo nos paramos de la mesa

Vimos por segunda vez el cielo abierto.

Y nos habríamos marchado en el acto; pero nos pareció falta de cortesía hacerlo, cuando apenas acababamos de comer.

¡Si hubieramos sabido!

Una vez en la sala, la señora quiso darnos á conocer las gracias de sus hijos.

Hizo que nos cantaran acompañándoles ella al piano, y escuchamos unas *Penas del corazón*, que harían bramár á las piedras. Hizo que nos dijeran las lecciones de la escuela, para darnos á conocer sus adelantos; hizo... que nos diese á Barrabás!

Y no fué todo, no fué todo!

Después de un rato de esas diversiones,

rato que nos pareció un siglo de siglos, la buena señora, que por lo visto tiene muy desarrollado el órgano de la oportunidad, exclamó:

—Niños, niños, han comido mucho! Será bueno que jueguen al toro, para que se les baje la comida.

Oh, Dios de Israel! Y oyes eso, y lo aguantas, y lo sufres!

Aquello fué horrible, espantoso! Qué ruido, qué batahola, qué atrocidad! Y cuanto polvo salía de aquella alfombra! Jesús! Aquello era la orquesta de Satanás!

Por fin, perdimos la paciencia. Tomamos el sombrero y nos despedimos. Nuestro amigo y su señora salieron á dejarnos hasta la escalera, nos ofrecieron su casa, nos dijeron aquello de:—Ya sabe usted á que hora comemos. Nos hicieron muchas instancias para que volvieramos, lo prometimos; y nos marchamos, resueltos á practicar el consejo del padre Ripalda, sobre como debe uno obrar cuando ha prometido algo malo.

Y salimos á la calle, y... respiramos!

Y andando nos preguntabamos:

—¿Pero es posible que el amor de padre ciegue tanto?

No; esto no es amor de padre: es estupidez!—RUY BLAS.

A....

(IMITACIONES DE HEINE.)

Que está lleno de vivoras, decias,
Aquel pozo tan fresco y cristalino
Que mana de tu pueblo en las umbrías
Y al borde del camino!

Al ver su talle que gentil se mece,
Al admirar su rostro peregrino....
Quien dirá que la ingrata se parece
Al pozo del camino!!!

ROSARIO.

I.

IMAGINAOS una vírgen, en esa indecisa edad en que ya es mujer y todavía es niña.

Adornadla de una larga y negra cabellera naturalmente rizada, de una frente altiva aunque poco prominente, de unas cejas como los cabellos: abundantes, negras, sedosas, que se prolongan casi hasta las sienes y casi se unen en el nacimiento de la nariz. Dadle unos ojos también negros y voluptuosos, sí, muy voluptuosos, pero de esa voluptuosidad inconsciente, si es posible explicarse así; de esa voluptuosidad que da vértigos, no al que la produce sino á quien se halla bajo su misteriosa influencia. Añadid á este bosquejo, mal copiador de tantas perfecciones, las que juzgueis mas dignas de acabar el cuadro, y tendreis á Rosario en sus principales rasgos físicos.

En cuanto á sus cualidades morales... oid y juzgad.

II.

Es una hermosa tarde de verano.
¡Qué felicidad! ¡Qué gloria!

Y esto no obstante, ¡qué tristeza!

¡Cuántos corazones alegres!

¡Y cuántos aflijidos!

Así va el mundo....

En el patio interior de una casa y frente á un pozo hay una miserable habitacion.

Renuncio á describirla.

A la puerta, una jóven borda, aprovechando el último rayo de luz que el sol envía.

Es Rosario.

De vez en cuando, alza los ojos de su labor y los fija en el cielo.

Con melancolia.

Pero no llora.

Y debiera llorar.

Está sola en la tierra.

Sola, á su edad, con su juventud, con su belleza!

¡Y digo que está sola cuando tiene una madre!

¡Una madre, ¿lo ois? el solo bien de los corazones sensibles.

Pero la madre de Rosario padece una enfermedad incurable que la priva del mundo exterior.

Es una pobre alma dormida en un cuerpo sin movimiento.

Vedla allí, en una silla de brazos, muda como el ideal de la insensibilidad, sorda y ciega como un mausoleo en una tumba.

Vedla allí, flaca, arrugada, amarillenta, lívida, con los cabellos grises, la mirada fija, la boca entreabierta y desdentada, el semblante inmóvil; toda petrificada.

¿Late un corazón bajo ese sudario?

¿Hay un alma bajo esas ruinas?

III.

Rosario trabaja para vivir.

Trabaja y vive para mantener á su madre.

Le devuelve por fin, y con creces, la deuda que contrajo con ella al nacer y en sus primeros años.

Deuda que ella no se explica por el deber sino por el sentimiento.

Hay seres así que raciocinan con el corazón. Ah! qué solicitud, ah! qué ternura no serán necesarias para que esa jóven tan bella, y ante cuya vista se abren horizontes tan espléndidos, renuncie á todo por el amor filial mas ascendrado!

¡Y así es sin embargo!

¡Cuántos no le han propuesto un enlace ventajoso para ella ó un asilo en la casa de mendigos para su desventurada madre!

Pero ella ha contestado sin vacilar: no puedo abandonarla.

Y ha permanecido en la misma vida de aislamiento y de miseria.

¿Será que no hay ningún germen de pasión en ese espíritu sencillo?

¿O ese corazón sublime ama solo á un cadáver?

IV.

Pero ¡qué digo!

¡Rosario ha muerto!

Y me imagino que aun vive.

Y hablo de ella como si todavía existiera!

¡Oh mágico somnambulismo del amor!

Rosario, muerta para todos, vive para mí, en mi alma; y vive allí á la vez la triste vida de los recuerdos y la alegre existencia del porvenir.

Yo la amaba como niño, como hombre, como amante, como artista.

Y la amo como al sueño del pasado, como á la gloria del presente, como al apocalipsis del ideal.

Ayer, sin que ella lo supiera, tenia sed de sus encantos.

Y hoy... ya ella lo sabe... tengo hambre de su amor.

CARLOS LUIS.

Lima, 1870.

OTRO APLAUSO.

A MI ESTIMADÍSIMA AMIGA LA SRA. DA.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

Excusadme, amiga mia,
Si aun molesto vuestro oido
Con el éco repetido
De mi insonoro laud.
¿Cómo callar escuchándoos
Si hay en vuestro hermoso canto
La sencillez y el encanto,
Aromas de la virtud?

¿Cómo callar, si penetran
Vuestras sublimes canciones
En los tiernos corazones
De los que saben sentir?
¿Cómo callar, si lo bello
Arranca aplausos al labio?
En haceros ese agravio
Nunca puedo consentir.

Así pues, os felicito
Y de nuevo os agradezco
Tanta honra que no merezco
Ni mereceré jamás.
Y como al cabo es preciso
Que acabe todo en la vida,
Forzoso será que os pida
Tregua, que no puedo mas.

C. L. CALERO

CONTRASTES MATRIMONIALES.

HISTORIA INTIMA POR CÁRMEN GARRIDO

DE ALVARADO.

Cuatro palabras.

EL año 1835 conoció mi señora madre á Doña Leonor Panizo de Valdivieso, á la cual se ligó con una estrecha amistad y la celebraba siempre con entusiasmo. Era también amigo íntimo de mis padres Don Juan Gualberto Padilla; á este señor le oi decir un dia á mi madre:

—“Verdaderamente soy dichoso, en estar casado con una mujer tan virtuosa, y tener por suegra, á la señora Leonor Pa-

nizo de Valdivieso; pero á quien debo estar bien es á mi inmejorable amigo Orogoiti, que se habia casado ya con la que es hoy mi cuñada. Este caballero me ha probado repetidas veces su sincero afecto; no he tenido secretos para él, ni él para mí; no podia estar un dia sin verlo; pero la suerte nos separó, porque tuve que irme al Cuzco por asuntos de comercio. La despedida nos fué muy sensible, consolandonos unicamente con la esperanza de escribirnos. Al llegar á esa ciudad cai enfermo y dejé de escribirle dos meses; él tampoco me escribió; yo, cuando pude, lo hice dándole las quejas, y me contestó exponiéndome todos sus trabajos, y todo lo que le habia pasado. Desde esa primera carta hasta la última, las conservo; como igualmente los borradores de las que yo le escribí. Las cartas de mi desgraciado amigo son dignas de leerse; en ellas están de manifiesto las raras virtudes de su suegra, y encierran la deplorable historia de un amigo suyo. Mañana se las traeré á Ud.”

Efectivamente, al otro dia le obsequié las cartas á mi señora madre. Despues que se impuso de su contenido, me las entregó y me dijo:

—“Lée estas cartas, hija mia, lo bueno guárdalo en tu corazon, consérvalo en tu memoria, que algun dia te podrá servir; y respecto á lo malo que halles, ruegale á Dios que ilumine á esas criaturas extrañadas.”

Participando yo de esta opinion, ofrezco dichas cartas á “LA ALBORADA” deseando que de su lectura resulte algun provecho para la moral.

CARTA I.

Señor D. Juan Gualberto Padilla
Miraflores, Marzo 6 de 1840.

Querido amigo:

Recibí tu apreciable fecha 16 de febrero; por ella me he impuesto del mal estado de tu salud, pero sé que ya estás de convalesciente y fuera de peligro, de lo que te felicito y me alegro. Me reconviene porque en el período de dos meses no te he escrito, y añades que esta falta no la perdonarás de un modo comun sino participándote los motivos que me han obligado á incurrir en ella. Tú estás convencido de que nunca te he ocultado nada. Sabrás, pues, que al mes de la muerte de mi madre, me sorprendió un ataque al corazon que me hizo sufrir fuertes dolores por algunos dias y los médicos que me curaron hallaron por conveniente que variase de temperamento para evitar un retroceso. Qué hacer? Tuve que abandonar todos mis negocios mercantiles dejando en mi lugar á mi cajero. El 6 de febrero llegué á este pueblo, porque su clima es para mí el mejor; ya tú lo conoces. Uno de los dias que me paseaba encontré á dos familias que se habian establecido aquí con idéntico fin. Componia una de ellas la señora Beatriz Noriega de Bustamante que iba con su esposo D. Fernando Bustamante, personas que no me eran desconocidas pues mas de una vez los habia visto en casa de unas amigas. Me presentaron á la otra familia. Constaba esta de una señora como de treinta y tres años, de rostro bello que inspiraba respeto y un inocente afecto, y de dos niñas, la una como de diez y

siete años y la otra como de quince ó diez y seis. Quedé como extasiado al ver la hermosura de las dos, en particular la de Elvira, que asi se llama la mayor. Aparté mi vista de esa encantadora niña para que no notasen la impresion que me habia causado; disimulé todo lo posible, y dirigí la palabra á la mamá. Le pregunté su nombre, y me dijo que se llamaba Leonor Panizo de Valdivieso; que solo porque convalesciera su hija Elvira, habia hecho el sacrificio de venir:

—Señora, solo porque Ud. lo dice puedo creer que la señorita haya estado falta de salud, pues sus colores, su robustez dicen lo contrario.

—Si, señor; pero nada es mas cierto que lo que digo á Ud., pues ha tenido una irritacion á los pulmones, que le ocasionó una fiebre lenta, y temí que se malograra por ser tan tierna, pues no tiene mas que quince años.

—Oh señora! la niña es bien desarrollada; yo le habia echado diez y siete.

—Y si Ud. la hubiese visto antes de enfermarse sin duda le habria echado veinte. En esto se acercó á mi D. Fernando, y me dijo:

—Me urge mucho ir á casa. Si Ud. gusta tomar posesion de ella....

Le di las gracias, y le indiqué la mia; me despedí de ambos esposos; volví á acercarme donde la señora Leonor, que iba sola con sus niñas, y le dije:

—Señora, si no es á Ud. molesta mi persona, espero que me conceda Ud. la honra de acompañarla.

—Señor, me dijo, no sé desairar á caballero tan atento como Ud. No es verdad que tengo el honor de hablar con el señor Don Adolfo Orogoiti?—Señora, servidor de Ud.

—Pues he oido hablar muchos bienes de Ud.—Señora, quien tuvo esa bondad?

—Diga Ud. señor, quien le hizo justicia. Sepa Ud. que fué mi esposo.

—Y como es la gracia de su esposo?

—Federico Valdivieso.

—Oh señora! conozco de vista al esposo de Ud. porque ha ido á mi almacen á comprar algunos efectos; desgraciadamente he hablado poco con él, por estar ocupado en el escritorio y solo ha tratado con mis dependientes. Póngame Ud. á sus ordenes.

Despues de esta conversacion me dijo la señora:

—No vé Ud. caballero aquella casa que tieno un gran mirador? Allí habitamos. Siento infinito no poder ponerla á su disposicion, porque mi marido no gusta absolutamente que ningun hombre entre en su casa; y como una mujer sensata no debe contrariar la voluntad de su esposo, yo no tengo mas que resignarme y obedecerlo.

—Señora, apruebo su buen modo de pensar. Deseo á Ud. y á sus niñas mil felicidades.

Y me retiré.

Ay! querido Gualberto, nunca una despedida me habia sido mas sensible. Habia abrigado la esperanza de visitar á esta buena familia y tener una convalescencia magnifica con el placer de ver frecuentemente á estos angeles humanos. Pero qué hacer? No habia mas que tener paciencia. Radió

luego en mi mente un pensamiento que me consoló, y fué el intimarme con D. Fernando y su señora que tienen amistad con esa familia, y me retiré á mi casa un poco tranquilo. Con todo no pude dormir; á Elvira en particular la tenía presente de continuo, y deseaba que amaneciera para ver á Don Fernando y adquirir alguna noticia.

A las cinco de la mañana me levanté, abrí la ventana que cae al jardín, y quedé algo distraído con el alegre gorjeo de los pajarillos, la transparencia del cielo, la hermosura de las matizadas flores, que embalsamaban la brisa con sus perfumes, y tan delicioso espectáculo me enajenó. Estuve largo rato meditando en la bondad del Creador que nos ha dado en este mundo tan bella diversidad de objetos para encanto de nuestros sentidos. Oh! exclamé, así hay también hermosas criaturas que elevan el alma y cuyas virtudes halagan el espíritu más que estas flores. Ay Elvira! tú sobresales entre todas ellas. Sin duda Dios se esmeró en formarte. Estaba tan absorto en esta contemplación que ni contesté a mi sirviente, que me llamaba avisándome que un señor me buscaba. Al cabo de un momento le respondí, y le dí orden de hacerlo entrar. De lejos conocí que era D. Fernando. Salí á recibirlo con un alborozo extraordinario. Después del saludo de costumbre me dijo:

—Señor D. Adolfo, tenga Ud. la bondad de disimular la hora en que vengo á hacerle esta visita, que creo le sea importuna; pero el cuidado de saber de su salud y no poder venir más tarde, porque hoy me voy á Lima, hacen que tenga ahora el gusto de ver á Ud. No he mandado á mi muchacho, porque he querido venir en persona á saludarlo. Mi esposa saluda á Ud. igualmente y le suplica que la acompañe á comer hoy.

Agradecí la oferta y se despidió el caballero.

Y yo también voy á hacer lo mismo para aprontarme y hacer la visita.

Hasta el mes próximo en que te cuente lo ocurrido en ella.

Tu affmo. amigo

ADOLFO OROGOITI.

CARTA II.

Señor D. Adolfo Orogoiti.

Cuzco, Abril 4 de 1840.

Mi bien recordado amigo:

Recibi tu deseada carta. He sentido muchísimo tus padecimientos y el triste fallecimiento de tu señora madre. Deseo infinito que te vaya bien en tu convalecencia; pero temo que no adelantes mucho por lo que me has comunicado en tu carta, pues según vés dentro de poco estarás de pretendiente. Cuidado! que no todo lo que reluce es oro. No te alucines con los *angeles humanos*, que á mi me han puesto tan temeroso que ni á la cara las veo, y les hago la cruz sin ser beato, porque mucho he sufrido por ellas. He estado de novio tres veces, y he encontrado causas para no verificar mi esclavitud. Reflexiona pues bien, y no te ciegues. Cuidado con proceder ligeramente! no sea que después tengas motivos de arrepentirte. Espero que no me ocultes nada y me digas algo sobre la esposa de D. Fernando é hijas y tus adelantos en tu pretendida conquista. Quisiera escribirte más, pero no puedo; es-

toy de prisa, y solo te diré que te deseo salud y acierto en todas las dificultades.

Tu amigo de corazón

JUAN GUALBERTO PADILLA.

CARTA III

Señor D. Juan Gualberto Padilla.

Miraflores, Mayo 6 de 1840.

Mi muy apreciado amigo:

Descansa en mi pecho tu apreciable carta, la que me ha complacido mucho sabiendo que te hallas con salud. Solo deseo saber como te vá con los negocios del comercio, pues como tu verdadero amigo anhelo tu bien. He agradecido mucho tus buenos consejos y los aprovecharé. Sobre la visita te comunicaré que á las tres de la tarde me dirigí á casa de D. Fernando. Salió la Señora Beatriz á recibirme con una amabilidad muy grande, y me presentó á cuatro hijas, la mayor de diez y nueve años y dos niñas menores. Las jovencitas son regulares. La Señora Beatriz se sentó junto á mi y empezó á conversar, contándome las grandezas que había tenido y los muchos sujetos que la habían solicitado en matrimonio, todos personajes, concluyendo así:

Quien había de decirme que iba á ser esposa de D. Fernando!

Le contesté que me parecía su esposo un hombre de bien, un caballero, y me contestó:

Es verdad, pero tiene muy mal génio, es muy miserable, me tiene pereciendo; y es mucho lo que sufro con él.

Esta revelación tan importuna me hizo formar muy mal concepto de la tal señora, traté de eludir con disimulo su conversación y la pregunté:

A que hora regresaba su esposo?

Á las cinco, me dijo,

Efectivamente llegó á la hora indicada, y demostró mucho gusto al verme. Después me llevó al jardín á conversar y gozar del fresco. Como á la hora de una conversación muy diferente de la que tuve con su esposa, vine á conocer que era muy buen hombre, de alma noble aunque de poco mundo. En esto nos llamaron á comer, y no pude comprender como podía ser D. Fernando tal como me lo había presentado su esposa, por que la comida y el servicio de mesa era más que regular. En fin, dije para mi, algún día conoceré quien es el delincente.

Traté luego de imponerme de la Señora Leonor y de sus hijas, y me contestó D. Fernando que eran inmejorables. Al punto, replicó la Señora Beatriz que eso no era ser buenas sino cándidas.

Como había yo de aguantar, agregé, lo que hace D. Federico con su esposa que todo ya no se hubiese concluido.

D. Fernando sufrió con prudencia, y después de comer me llevó á su vivienda de estudio, donde tuve la oportunidad de hablar solo con él. Le expuse que tenía vehementes deseos de visitar y tratar á la Señora Leonor y á sus hijas, y me contó que era imposible, porque ningún hombre entraba á la casa, que todos los amigos de D. Federico, lo veían en la calle ó en su almacén, y si alguno lo iba acompañando se despedía en la puerta. Me declaró, por cosa generalmente sabida, que ni gato macho entraba á su casa, pues dice este Señor que ha visto muchas desgracias por la poca previsión de los

padres, y que mientras él viva no lo visitarán ni jovencitos, ni viejos, ni aun sacerdotes, y que cuando llegue á admitir algún soltero será examinándolo bien antes para convencerse de que sus fines son buenos.

Con todo, le dije á D. Fernando, que cuando lo viera le preguntara si me permitía tener la honra de visitarlo y que se informara de mí en el comercio.

Me despedí de D. Fernando y su esposa, y ambos me dijeron que tendrían el mayor placer en verme en su casa todos los días. Les dije que me indicaran la hora y me contestaron que cuando yo gustare.

Me retiré muy pesaroso meditando sobre lo ocurrido, porque la incertidumbre es el más atroz de los tormentos.

Al otro día fui temprano á casa de D. Fernando y me dijo que hasta el domingo no podría ver á Federico, porque era cuando él venía á ver á la familia.

Iba ya á retirarme, porque mi amigo tenía que irse á la ciudad, cuando salió su esposa y me detuvo; pero dirás para qué, para decirme que su marido antes de ir al almacén iba donde una jóven; y por este estilo me dijo tales cosas de su esposo con tanto fuego que me calentó la cabeza, por que yo noto lo contrario en este caballero. En fin: más tarde los conoceré bien. Por ahora solo te digo en confianza que el carácter de esta Señora no me agrada.

Adios, amigo querido.

ADOLFO OROGOITI.

CARTA IV.

Señor D. Adolfo Orogoiti.

Cuzco Junio 4 de 1840.

Deseaba con impaciencia ver letras tuyas, tanto por tu salud, como porque me pusieras al corriente de todos tus planes y reconocimiento sobre la señora de D. Fernando. Te diré, antes que tú la acabes de conocer, que es mujer mala, y que no tiene amor á su marido; pues si le tuviera, no lo desacreditara. Probablemente todas son imposturas. Tú trata de observarla bien; así se adquiere experiencia.

No desapruébo la estrictez de D. Federico. Si todos los padres fuesen como él, se evitarían muchos males. Es regular que te conceda á tí, el que visites á su familia, pues todos le darán satisfactorias noticias sobre tu persona y conducta. En fin, Dios te saque con bien. Te quieres meter al fuego y es imposible que dejes de arder.

Ni yo, que jamás me fijo en las mujeres ni las visito, y tengo particular estudio para que no me cautiven, puedo verme libre de ellas, cuando van á mi tienda á comprar, qué te parece á tí?

Una se me aparece con los ojitos dormidos; otra con la vista lastimera. Ahora días se presentó á comprar varias telas, una jóven de bellísimos ojos, sumamente penetrantes y vivos; con una voz muy dulce, y toda ella amalechada. Después que acabó de emplear me dijo:

—Señor; si no me engaño el otro día lo ví á Ud. en la procesion, que por casualidad la ví, porque yo soy enemiga de salir á la calle; mi casa es mi deleite.

Entonces le dije yo:

—Tendrá Ud. muchos amigos que la visiten.

—Solo tengo uno, que es mi encanto, mi consuelo, mi bien y cuanto pueda desear; con el siempre estoy en paz. No es verdad mamá?

Y respondió la señora:

—Si, si, todo lo que ha dicho es una pura verdad.

Después consultó su reloj, y dijo muy asustada:

—Por Dios mamá! son las once, vámonos.

—Teme Ud. á su esposo le dije?

Y me replicó con mucho brio:

—No tengo marido.

Y se fué como un relámpago.

Has visto mujer mas significativa? Asi es tambien toda ella; por que es mas que hermosa; tiene un cuerpo muy esbelto; y un salero que arrebató. Creo que todas las cruces, y toda la agua bendita que hay en el mundo, no serian suficientes para librarme si vuelve á darme otro asalto. Y es preciso que conozcas que para los demonios, hay remedio que los ahuyente: pero para una ocasion de esta especie no hay mas remedio que sucumbir. Ve pues lo que haces, ya que estás tan decidido á meterte en las brazas. Por mi parte voy á encomendarme á todos los santos para que no vuelva mi linda tentadora.

Me dices que te importa si me va bien ó mal en los negocios del comercio; por ahora, ni gano ni pierdo, pero esto es desesperante porque se trabaja de valde.

Avisame en que estado se halla esa plaza. Deseo que te vaya bien, que cada dia prosperes mas, y que tu salud sea inmejorable.

JUAN GUALBERTO PADILLA.

(Continuará.)



PRECISO es, mis amables lectoras, que os resignéis á no encontrar en este Mosaico nada de chistoso.

La pobre redactora de él tiene que enjugar una lágrima antes de tomar la pluma, sin embargo de que sabe por principios llevar la sonrisa en los labios y la amargura en el corazón. Pero en la muerte de un hijo, por pequeño que sea, aunque decimos las que somos madres; ¡tengo un ángel que ruegue por mí, ó habrá una víctima menos sobre la tierra! nunca podemos decirlo sin experimentar el mas terrible dolor

¡Esa es la vida! Lloramos á los que nos dejan, ó dejamos á los que nos lloran.

Después de seis años ha vuelto á establecerse la sociedad Filarmónica, que con tanto entusiasmo fué acogida en la época anterior.

Hoy, si las circunstancias del país lo permitieran, tengo la seguridad de que habria doble número de socios, y por consiguiente, los suficientes fondos para proporcionarse una localidad tan decente como antes. No obstante la afición, y los progresos que hace la juventud limeña en clase de música, ofrece una espe-

ranza casi segura de superar dentro de poco tiempo todas las dificultades, y elevarla á la altura que merece.

Aplaudimos, pues, al iniciador de esta agradable y útil asociacion, donde no solo adelantan los aficionados, sino que gozan los espectadores.

Este mes de Mayo que, como sabemos, se dedica al culto de la Virgen, en algunos templos es celebrado con muchísima pompa

Se nos asegura que en Monserrat, la mayor parte de las señoritas vecinas de ese barrio, se ocupan de antemano en hacer flores para arreglar los altares, en adornar mistura, pastillas, medallas y estampas finísimas, que obsequian en la mesa destinada á recibir las limosnas; logrando de ese modo que las personas amigas de la que está de turno, se reúnan allí, con el objeto de hacer una erogacion, segun su generosidad y facultades.

En dias pasados, tuvieron lugar los exámenes del colegio dirigido por la señora Rodó en la villa de Chorrillos.

Algunas de las alumnas salieron muy lucidas, haciéndose notar entre ellas, las niñas Victoria, y Hortencia Garcia, una por su estado de adelanto, y la otra por haber pronunciado un discurso con desperdicio y gracia sorprendentes en tan corta edad, obteniendo los mayores aplausos de todos los concurrentes.

La prensa bonarense tributa sus elogios á la señora Gorriti y las principales personas de las poblaciones argentinas arrojan flores por el sendero que la digna escritora recorre.

Dice un diario:

“LA SRA. GORRITI.—Varias señoras del Rosario dirigieron á esta distinguida dama un cariñoso saludo:

“En contestacion, la señora Gorriti les dirige las siguientes sentidas palabras:

“Juana Manuela Gorriti, saluda tiernamente á sus amadas compatriotas las señoras del Rosario, y les envia la expresion de su gratitud por la afectuosa demostracion con que se han dignado honrarla.

“Buenos Aires, 20 de Abril de 1875.”

LA ALBORADA, que ella fundó, acoje con entusiasmo tales aplausos y seguirá reproduciéndolos, pues á ella debe lo que es y á la sombra de su nombre tiene vida y crece su prestigio porque cuenta, además, con el favor público á pesar de los obstáculos que se le han querido oponer en su marcha.

El concierto dado en la exposicion el domingo, se dice que no estuvo tan concurrido como se esperaba, á pesar de que las piezas fueron escogidas, y bien ejecutadas.

En la plaza de Acho tambien hubo otra funcion, de cuyo lucimiento se habla con variedad.

En Lima aunque hay un crecido número de habitantes no todos se divierten, así es que la jente se comparte cuando se duplican los espectáculos.

Al presentarse el periódico titulado “Avisos matrimoniales” ha producido en el ánimo de mis bellas paisanas el efecto de un temblor, en que las criaturas tímidas corren en distintas direcciones huyendo del peligro hasta que una persona tranquila las pregunta ¿por qué corren y donde van?

Es muy natural, las señoritas que se encuentran llenas de atractivos y que jamas han visto semejante negocio en este país, se espantan de este modo casi ridículo de conocerse dos seres que solo deben separarse en la tum-

ba. Pero mirado el asunto con mas calma, el editor no puede haber contado para hacer surgir su empresa con aquellas personas que brillan en la sociedad donde los caballeros pueden elegir, y las señoritas aceptar á su antojo.

El editor habrá calculado que en esta capital hay establecidas algunas familias extranjeras para quienes no son extraños esta clase de enlaces y con algunas otras que aunque sean peruanas, por educacion, por caracter ó por sistema se hayan acostumbrado á vivir en aislamiento sin que por esto sean opuestas al matrimonio.

Y perdonándome el ejemplo [que no es nada poético] diré, que para alquilar un almacén en Mercaderes no se necesita aviso como para un huertecito en el Cercado, y no por esto deja de ser tan útil el uno como el otro, para aquel que le convenga.

Pero prescindiendo de la cuestion empresa, sea buena ó mala, y dejando á cada cual en libertad de proceder como le parezca, solo me limitaré á dar mis opiniones con respecto á los que se casan.

Creo firmemente que la felicidad ó desgracia de un matrimonio, no consiste en la manera de encontrarse, sino en el acierto para comprenderse, ó la prudencia para manejarse.

Al ver un matrimonio separado; ó desgraciado, decimos las mujeres: ¡No hay hombre que sea bueno! Y ellos opinan del modo contrario, culpando á la mujer, por frívola, por necia ó por loca (esto es escapando muy bien) y si se quiere todos tenemos razon, porque en ello suelen encerrarse sus verdades. Pero de un hombre malo, y de una mujer peor, puede hacerse un matrimonio bueno, es decir feliz, esto que á primera vista parece un absurdo, es la pura verdad. Cuando dos personas que viven juntas tienen las mismas ideas, y las mismas tendencias, sea para ejecutar el mal, ó para hacer el bien, jamas hay motivo de desavenencia, ni disgusto.

Bien puede asegurarse que en el hogar donde se procede de acuerdo, reina la paz mas inalterable. Tenemos el ejemplo en los animales de una misma especie, y no por cierto en las tortolitas, que son modelos de amor, sino en los leones, en los tigres, que siendo tan feroces viven en la mayor armonia, y sus pequeñas riñas, no dan por resultado rencores, y venganzas, como sucede entre los seres racionales; ¿y de donde proviene esto sino de que participan de los mismos instintos?

Por eso tuvo razon el que dijo: “Los cuerpos caben en todas partes; las almas son las que no caben!”

MANUELA VILLARAN DE PLASENCIA.

Solucion á la Charada del N.º 30.

Sin mucho que trepidar,
Y siendo poco certera,
He podido pronto dar
Con la hermosa “Primavera..”

MARIA N. HERRERA.

CHARADA.

Preposicion verás en la primera,
Y un verbo es la segunda; en la semana
Siete veces encuentras la postrera,
Y el total, que es pasion vil y rastrera,
Es el gran mal de *escribidora* vana.

ANDRES.

Una novela en dos tomos, será sorteada entre las cuatro primeras señoritas que remitan la solucion á esta charada, como premio concedido por el autor á las lectoras de “La Alborada.”